

# ¡ESTO NO ES HALLOWEEN! : "La abuela de Sevil"

Blanca Faure



## Capítulo 1

ESTO NO ES HALLOWEN: LA ABUELA DE SEVIL.

—¿Te gusta cómo han quedado?

—¡Si, mucho mamá!

Mis padres y yo contemplábamos boquiabiertos la fachada de casa, donde las calabazas verdes de nuestro huerto, transformadas en horribles monstruos, nos observaban desde las ventanas. Mi madre suspiró y se recompuso la toquilla de lana, para amagar el frío atollado del amanecer en la sierra de Guara. En esta época acostumbraba a ser tan gélido que calaba los huesos y cortaba la cara como cuchillas. El vuelo de una lechuza que se posó en la barandilla del balcón la inquietó, hasta el punto de dar un respingo.

—¡Qué extraño, sólo salen de noche! —y exhaló el aire ocultando su temor ancestral a los pájaros de mal agüero.—¡Sólo falta que cante un gallo esta noche y se relama un gato negro debajo del dintel de la puerta para que ocurra una desgracia!

Se dispuso a entrar en casa, tenía mucho que hacer. El primer día de noviembre, mi madre se pasaba la mañana en la cocina friendo buñuelos de viento rellenos de crema y elaborando "huesos de santo", un dulce a base de pasta de almendra típicos de estas fechas.

—¿Te quedas con papá?

—Sí, ¿Papá, las calabazas no son naranjas? ¡En las "pelis" de Halloween son así!

—¡Halloween, Halloween! —Espetó mi padre, terminando de descargar las calabazas del carrito y visiblemente contrariado— ¡Pues aquí no, aquí son verdes! ¿Ayer era treinta y uno de octubre y ya te disfrazaste con tus amigos de fantasma, no? Bueno, pues ahora toca nuestra fiesta. ¡Esto no es halloween! ¡Hoy es uno de noviembre y es el "Día de Todos los Santos", esta noche es la "Noche de las Ánimas" y mañana "Día de Difuntos"!

Me explicó que era una costumbre celta que adaptamos los cristianos, porque los seres humanos, en todas las épocas y culturas, hemos tenido la necesidad de comunicarnos con las almas de los que ya no están, necesitamos naturalizar la muerte para entenderla.

El olor a fritura parecía traspasar las paredes de la casa, los buñuelos se amontonaban en las bandejas, y los huesos de santo de mazapán en

pequeñas cajitas. Entré en la cocina, pero mi madre me dió una cachetada en la mano cuando quise comerme el tercer buñuelo.

—i Ves un rato a la plaza anda, te los vas a comer todos! Pero no tardes, por la noche papá y yo iremos a la misa de difuntos y a la procesión de las "animas", tú tendrás que encargarte del abuelo, tienes ya doce años.

Después de comer, acudí a la plaza del pueblo con el balón, no se demoró en aparecer Carlos y jugamos toda la tarde hasta que Isaac, que era bastante más mayor que nosotros y un abusón, nos quitó la pelota e impotentes nos sentamos en el pretil de la fuente de la estatua. Atardecía, el cielo se encapotó, el horizonte se colmó de pinceladas de un naranja luminoso y unas inquietantes nubes negras ocultaron prematuramente el sol. Las farolas alumbraron la plaza, y como focos de un teatro iluminaron a capricho la estatua desde varios ángulos. Jamás habíamos reparado en esa figura de la abuela con un candil, que se nos reveló como un fantasma ante nuestros ojos. Apareció entonces Isaac con el balón, y mis pensamientos se dispersaron.

—iOs lo devuelvo si os venís esta noche al cementerio conmigo!

—iNo! —dije tajante

Carlos en su presencia no se atrevía a nada, le paralizaba el miedo, lo temía por encima de todo. Sabía que si no accedía a sus requerimientos se lo haría pagar y se ensañaría especialmente con él.

—iEres un miedica Toñin, eres un crio! iTú ven conmigo Carlos, te divertirás!

De la plaza nacía el camino que conducía al cementerio, estaba señalizado con velas iluminadas dentro de tarros de cristal de diferentes tamaños para guiar a las almas despistadas del purgatorio. Así hallaban su camino hacia el camposanto, no disponían de mucho tiempo. Las calabazas talladas a modo de terroríficas calaveras de las casas les disuadían para que no entraran y siguieran la luz. Me apresuré a levantarme, cuando Isaac, prendiendo del hombro a Carlos como si fuera su posesión, me farfulló al oído:

\_iPor tu bien, espero que cambies de idea y vengas con nosotros al cementerio!

Y señalándome a unos chicos mayores que entraban en la iglesia me ordenó:

—i A las doce la noche, los mozos comenzarán a tocar las campanas para

ahuyentar los espíritus, te esperaremos aquí mismo!

Y se fue con Carlos que giraba la cabeza implorándome ayuda. Imitando a una gallina en alusión a mis miedos, Isaac me retaba a lo lejos.

Regresé antes de que cayera el aguacero. Los relámpagos habían iluminado mi camino a casa, el ruido de los truenos dotaba de una fantasmagórica belleza a la "Noche de las Ánimas", mientras el viento formaba remolinos, invitando a bailar a las hojas secas de los árboles. Contemplé extasiado las calabazas de mi fachada, escupiendo una lúgubre luz por los orificios de los ojos y de la boca. El frío glacial de la noche arreciaba y mi madre ya había encendido el fuego del hogar. Sentado en la "cadiera" mi abuelo asaba castañas con una sartén agujereada y me embelesaba ese olor y que agradable era el calor de las castañas en mis manos! En momentos así, me alegraba de ser aún tan sólo un niño.

—"¡Las castañas asadas alejan a la muerte y a su guadaña!"—gritó divertido mi abuelo.

En ese mismo instante el gallo de nuestro corral empezó a cantar, asustando a mi madre.

—¡Ay Virgencita, el gallo canta por la noche! —y no pudo evitar santiguarse varias veces.—Bueno Toñín, aquí te dejo con el abuelo, no os he preparado cena, pero supongo que preferiréis atiborraros de buñuelos, castañas y huesos de santo ¿no?

Y me atusó el pelo, sonriendo como sólo saben hacerlo las madres. Mi abuelo estaba como siempre impertérrito, sentado en la mecedora se tapaba con una gruesa manta de cuadros que ocultaban sus endeble piernas, andaba con dificultad y su musculatura se estaba entumeciendo.

—Yayo ¿quién es esa estatua que está en la fuente?

Ni se inmutó, hacía ya mucho tiempo que no se encontraba bien y no atendía como antes mis infantiles demandas.

—¡Yayo, yayo!

Tras zarandearle pareció resucitar de su letargo y con cara de sorpresa me preguntó:

—¿Qué quieres Toñín?

—¡Cuéntame quien es la estatua que está en la fuente de la plaza!



—¡¡Ahh!! es la abuela de Sevil ¿De verdad quieres que te cuente la historia en la Noche de Ánimas?

—¡Sí! Se me abrieron unos ojos enormes, jamás había oído hablar de esa abuela ¿sería una bruja?

Mi perro Tom bostezó y dio un par de vueltas acomodándose a mi lado, cerca de la lumbre. Era muy friolero a pesar de ser un mastín del pirineo, así que los dos nos dispusimos a escuchar la historia que mi abuelo tenía que contarnos:

***"En los tiempos en que las epidemias asolaban estas tierras, los apestados eran expulsados fuera de los pueblos. Hace muchos años, la peste asoló la pequeña localidad de Sevil, a unos cinco kilómetros de aquí".***

—¿No te has fijado que cerca del río hay unas casitas derruidas?

—¡sí!

—Era el pueblo de Sevil, se llamaba como la sierra.

Tosió un poco para aclarar la voz, antes de continuar su relato:

***"El único ser humano que sobrevivió fue una abuelita que quedó como única heredera de toda la sierra y sus montes. Recorrió con su candil los pueblos cercanos en busca de un nuevo hogar, pero todas las puertas se les cerraban temiendo que portara el terrible mal. Finalmente vino a nuestro pueblo donde acabó sus días y para agradecer nuestra hospitalidad, legó a nuestra villa su máspreciado bien: la Sierra de Sevil, y nosotros erigimos una estatua en su honor"***

—¡Qué historia más "chula", nunca me la habías contado!

***"Se dice que la abuela se enfada si no se atiende a sus requerimientos, Y que avisa llamando a las casas con un candil cuando una desgracia está cerca"***

Podía perfectamente imaginármela, un escalofrío recorrió mi columna vertebral, cuando un relámpago iluminó la estancia deslumbrándome, y no fue menos terrible el trueno que le acompañó después. Mi abuelo tardó poco en quedarse dormido en su mecedora otra vez, roncando sonoramente.

El reloj de la torre dio las doce, las campanas comenzaron a tañer con un tono monótono y misterioso. Era el momento de demostrarme a mí mismo que no tenía miedo, además no quería dejar sólo a Carlos con ese

sinvergüenza ¡A saber en qué líos lo iba a meter esta vez! Estalló la tormenta y los relámpagos se desvanecían con la tenebrosa luz que desprendían las calabazas de las ventanas, el viento azotaba sin piedad las gotas de lluvia que repicoteaban los cristales de la casa. Cogí mi chubasquero y me dispuse a salir, pero al abrir la puerta un gato negro se estaba relamiendo en la misma alfombrilla de la entrada, me turbaron sus ojos verdes. Recordé lo que dijo mi madre: “La lechuza de esta mañana, el gallo que ha cantado por la noche, y ahora el gato” ¡No había duda de que alguna desgracia iba a acontecer! Me quedé petrificado, no era ningún valiente, cuanto antes lo asumiera mejor. Regresé al cobijo de Tom y de mi abuelo, que aún permanecían dormidos junto al fuego. Ya estaba adormeciéndome en el sofá cuando me sobresalté, alguien llamaba con insistencia a la puerta. Felizmente mi abuelo despertó:

—Pues si llaman ¡tendrás que abrir, hijo!

La tormenta estaba arreciando, el ruido de los rayos era ensordecedor, los relámpagos clareaban intermitentemente el escenario de esa tétrica noche. ¿Quién podía ser a estas horas y con esta lluvia? Obligué a mi abuelo a acompañarme, no había duda, era un gallina. Abrí la puerta de manera inconsciente, preso del pánico. Apareció una silueta familiar portando un candil, como la estatua de la plaza de la fuente pero con cierto movimiento en el pliegue de sus ropajes, había vida en sus ojos. Su voz no era áspera, más bien dulce.

—¿Me dais cobijo?

— ¡Por supuesto! — se apresuró a contestar mi abuelo con voz tranquila—  
¿ya es mi hora?

—No, no eres tú ¡ Es un alma más joven!

No podía moverme, ni siquiera pronunciar palabra alguna. ¡Era yo, era yo, seguro que era yo esa alma joven! La lechuza, el gallo, el gato ¿Qué podía hacer? ¡sólo era un niño! ¡No era posible que en la puerta estuviera la estatua de la abuela de Sevil!

De repente desapareció al mismo tiempo que mi desazón y que el relámpago de un rayo que sonó un poco más tarde. Nunca he sabido si esa aparición fue real o fruto de mi imaginación, el mismo pánico es capaz de proyectar cualquier tipo de imagen. Cuando el miedo abrumba, no es conveniente confiar en los sentidos.

El resplandor de otro relámpago mostró en el camino a mi amigo Carlos, empapado en agua, descompuesto y como “ido”. Se aproximó a la puerta, entró y sin mediar palabra, se sentó junto al fuego despojándose de sus ropas mojadas. Le ofrecí una toalla, ropa seca, leche caliente y buñuelos. Mi abuelo y yo le examinábamos con atención, aguardando algún tipo de

reacción. Al fin, cruzando los brazos en su pecho e intentando asimilar un hecho descabellado, nos anticipó antes de relatar lo ocurrido: ¡Ha sucedido una desgracia!

**—“He ido esta noche con Isaac al cementerio, me ha obligado i tú ya sabes cómo se las gasta conmigo! Yo estaba muerto de miedo cuando divisé desde la puerta los fuegos fatuos que aparecen en las tumbas en la “Noche de las Ánimas”. Mi abuela siempre decía que esas llamas son las manifestaciones de almas malignas o de espíritus que vagan entre el cielo y el infierno”, me negué a entrar. Isaac se mofó de mi cobardía y después de empujarme al suelo, entró en el camposanto, pero ya no pudo salir. Las ánimas prendieron sus ropas y lo retuvieron ilo vi con mis propios ojos!”**

Mi abuelo frunció el ceño y con voz grave declaró:

—¡No se puede jugar con los muertos, no se puede! Algunos espíritus atormentados, vagan errantes reclamando el alma de quienes merodean por los alrededores de los cementerios la Noche de Ánimas.

—¿Y si nos encontramos con una alma, que podemos hacer para protegernos?—pregunté.

—Si os encontráis con un alma atormentada alguna vez ¡Dios no lo quiera! debéis protegeros dibujando un círculo en el suelo, os metéis dentro y rezáis una oración.

Carlos marchó a su casa, vivía al lado, mi abuelo y yo lo acompañamos a la puerta y no la cerramos hasta cercionarnos de que estaba a salvo. Al día siguiente no se hablaba en el pueblo de otra cosa que no fuera la desgracia del chico del cementerio. Las gentes contaban que Isaac, queriendo probar su valor ante sus amigos, se acercó en la Noche de las Ánimas a la puerta del camposanto. Sus ropas se engancharon a un viejo clavo y fue tanto el temor que sintió pensando que algún alma perdida le había capturado que, sin percatarse de la realidad, murió de miedo. Pero Carlos, mi abuelo y yo sabíamos lo que en verdad había sucedido.

Después de desayunar, fuimos al cementerio. Mi madre había compuesto varios ramos de crisantemos para honrar a los difuntos de nuestra familia. Me rezagué unos minutos entreteniéndome en leer los nombres de las tumbas, la edad en la que habían fallecido, en mirar sus fotografías. ¡Era algo fascinante para mí!. Detrás de la sombra de un ciprés, había cavado un hoyo para un nuevo difunto. Apareció en una ráfaga imperceptible la abuela de Sevil gritando: ¡cuidado! Al darme la vuelta lo vi, era sin lugar a dudas el alma atormentada de Isaac, envuelto en un aura oscura y opaca que embebía toda mi energía recriminándome no haberlo

acompañado ayer.

—¡Eres tú el que debería estar muerto, no yo, eres tú !

A pesar del terror que sentí, de que mi cuerpo se paralizó por completo, saqué fuerzas de donde pude y con una rama seca dibujé un círculo en el suelo a mi alrededor para escudarme, cerré los ojos con fuerza y recé una oración con toda la devoción de mi alma tal y como me había enseñado mi abuelo. Cuando volví a abrir los ojos, el espectro había desaparecido y mi madre me reclamaba a lo lejos para regresar a casa.